

# MISCELÁNEA DE LOS LIBROS Y EL VINO

José Antonio Ponferrada Cerezo

Académico Correspondiente

---

## RESUMEN

---

### PALABRAS CLAVE

Libro.  
Lectura.  
Vino.  
Taberna.  
Rapsodia.

Se exponen noticias y curiosidades que, sobre el vino y su mundo, el autor fue encontrando en sus lecturas, al correr de los años; tanto referentes a los vinos de Córdoba como a los de otras zonas. Libros como la *Historia de los jueces de Córdoba*, de Aljoxaní; *Tabernas*, de Luis Romero; *Les contes du lundi*, de Daudet; *A sentimental journey*, de Sterne o el propio *Refranero español*.

---

## ABSTRACT

---

### KEYWORDS

Book.  
Reading.  
Wine.  
Tavern.  
Rhapsody.

News and curiosities that the author has found along the time in his readings about wine and its world are expounded, referring to the wines of Cordoba as well as wines from other areas. Books such as Aljoxani's *Historia de los Jueces de Córdoba*, Luis Romero's *Tabernas*, Daudet's *Les Contes du Lundi*, Sterne's *A sentimental journey*, or the *Refranero Español* itself.

**S**eñoras y señores: pocas cosas en la vida habrá tan útiles, y a la vez tan espirituales, como el vino. En palabras de Séneca cordobés, «el vino lava nuestras inquietudes, enjuaga el alma hasta el fondo y asegura la curación de la tristeza».

Hablemos del vino, aun reconociendo que con él se pueden hacer cosas mejores. Beberlo o hablar de él mientras lo bebemos, por ejemplo, como se hace entre amigos en una buena taberna.

Moderadamente, después del trabajo y antes de regresar al hogar. Expondré a continuación algunas curiosidades que, sobre el divino néctar y el mundo que lo rodea, fui encontrando, leyendo, al correr de los años.

¿Y qué dice el refranero?

## MARTÍNEZ KLEISER: REFRANERO TABERNERO

«Por San Andrés, el mosto vino es». A los refranes se les ha llamado «evangelios chicos», receptáculos privilegiados de la memoria popular. Por eso, para recordarlos, tienen su característico ritmo de verso, con medida y rima; distinguiéndose del dicho, que es en prosa. Y hablando de recordar: san Andrés apóstol se celebra el 30 de noviembre.

Sobre los mentados dichos, muy presente está en nuestra memoria un libro monumental: *El porqué de los dichos*, del gran navarro José María Iribarren. Pero en materia tan sensible como el refranero español, lo mejor hasta la fecha es, sin duda, el *Refranero general ideológico español*, de Luis Martínez Kleiser. Porque hace recopilación de todo lo publicado con anterioridad, desde *El vocabulario de refranes* del maestro Korreas (con K, como a él le gustaba; y así lo pone en su *Ortografía Castellana nueva y perfeta*, de 1630) al saladísimo sevillano (de Osuna) Rodríguez Marín.

Y en el Martínez Kleiser publicado en 1953, al amparo de la Real Academia Española, se hallarán sobre taberneros (o tabernerías) los siguientes refranes, que allá van en retahíla, con su número en la edición y su breve explicación:

59.917. «Quien en la tabernera cree, en su casa lo vee». Recuerde quien lee que, en cada Consejo Regulador de cada Denominación de Origen vinícola, el cargo oficial del inspector del producto es el de «Veedor». Con ese arcaísmo de la doble e, que el refrán conserva. En fin, alude este refrán a quien, al probar el vino en su casa (al inspeccionarlo, vamos), ve que no es tan bueno como la encantadora tabernera decía... Porque:

59.918. «Preguntar al tabernero si es bueno su vino, es gran desatino».

59.919. «En la venta de Landino, más dan por el agua que por el vino». En este antiguo refrán, procedente de Korreas, la explicación a la carestía del agua está en que previamente se la ha disuelto en vino... ¡Hasta el punto de que más abunde que lo bueno en lo del astuto tabernero! Que de Landino a un mayúsculo ladino, o listillo, solo hay una letra. Es lo que dice el siguiente refrán:

59.920. «Tabernero diligente, de quince arrobas hace veinte». Pero, ¡jojo!:

59.921. «Vinatero que agua el vino, aguado tenga el buen sino». Admonición a taberneros de que no tomen para sí el bautizar, que es solo atributo sacerdotal, so pena de ver menguado su futuro. Porque:

59.922. «Tabernero que buen vino vende, bien se entiende». Y...

59.912. «Taberna de buen vino hace al tabernero rico».

Para terminar, vaya este otro, tan sugerente: «Agua lo dio, y agua lo llevó». Se refiere al caudal del tabernero. Y entiéndalo cada cual como quiera, que yo lo entiendo pensando en aquel festivo sacristán del templo, por quien se dijo aquello de que «Los dineros del sacristán, cantando se vienen y cantando se van...»

Después de todo, cada uno hace con su dinero lo que quiere. Porque: «En todos lados cuecen habas». Que tiene segunda parte: «Y en mi casa a calderadas». O sea, que todavía hay sitios peores que otros. Y dejémonos ya de refranes por amor de San...cho (que sería su indisputable patrón).

Por cierto, que casi todos estos refranes están recogidos del ingenioso Bachiller de Osuna, don Francisco Rodríguez Marín; porque Martínez Kleiser (y esta es una de sus virtudes) tiene la honestidad, no como otros, de citar para cada refrán la fuente de donde los toma.

---

#### TABERNAS, DE LUIS ROMERO: UN LIBRO EJEMPLAR

---

En la grave biblioteca de mi padre este libro, de título un tanto frívolo para ella, venía chocándome desde siempre. Cuando lo leí me di cuenta de que es, en el fondo, un loor de España, una alabanza a la diversidad de lo español. Y escrito en un tono poético, sensible, de calidad clarísima. Todo se justifica.

El autor, amigo del poeta Cirlot (el del inquietante *Diccionario de símbolos*) y él mismo también algo poeta en verso (nos habla de una endecha a Manolete), se me antojaba un cuarentón un poco largo, por entonces. Debe ser el trajeado gimnasta en barra retratado en la página 36, vuelta, de este libro. Barcelonés de 1916, amigo de la tradición y, al mismo tiempo, del vanguardismo en arte (como demuestra su amistad con Cirlot o el escultor Oteiza), es un buen conocedor de lo literario clásico (como sugieren sus citas de Castiglione o Juan Ruiz), o moderno (por las del extraordinario Huysmans o el repetido Juan Eduardo Cirlot). Luego supe que Luis Romero fue Premio Nadal en 1951 y Planeta en 1963, como autor de novelas del llamado realismo social, centradas en la vida barcelonesa, entre las que destaca *La Noria*, de 1952. Falleció en su ciudad en 2009, casi centenario.

En Barcelona, 1950, la editorial Argos produjo *Tabernas*, esta ejemplar obrita encuadernada en pasta dura, con solo 52 páginas que incluyen «ocho láminas en color y 23 grabados en negro»; ilustraciones algunas de ellas del autor y otras de Centelles, Matesanz... prestigiosos fotógrafos. Debió de ser un lanzamiento exitoso porque, en 1956, editó el *Libro de las tabernas de España*, una obra mayor con 341 páginas, que siento no haber podido leer.

Los vinos de Montilla, por ejemplo, que Romero considera con los de Jerez la aristocracia del vino, desfilan en varias ocasiones por estas páginas en las que el autor, gran conocedor, concluye: «Andalucía es el país del mundo donde mejor se bebe». Y añade: «Entrando ya en matices creo que es preferible como beben en la grave Andalucía del olivo, sin palmas ni jaleos, despacio, cumpliendo un rito; pequeños sorbos y ágil paladar». Lo que alude directamente a la vieja taberna cordobesa, donde reinan los vinos del marco montillano.

Libro delicioso, *ple de seny*, lleno de conocimiento como diría Ausiàs March, nos da noticias sobre tabernas de toda la piel de toro a las que Luis Romero, por mor de su profesión y gusto personal, acudió. Tabernas de los cuarenta a las que, todavía, la mujer no iba sino excepcionalmente, por fiestas señaladas; porque lo relacionado con la taberna estaba mal visto. Y de ello se tiene que defender el autor desde el principio y hasta el final del libro, buscando una aprobación que, finalmente, sí obtuvo. Y por eso estaba en la biblioteca de mi padre y ahora hay una copia en la mía y otra en la de mi buen amigo López Alejandro.

#### **HISTORIA DE UNA TABERNA, DE ANTONIO DÍAZ CAÑABATE: UN LIBRO SINGULAR**

---

La historia de las tabernas es, de por sí, un empeño inabarcable. Cada taberna es un microcosmos; por lo que solo cabe, eso sí, historiar la vida de una taberna ejemplar que signifique a muchas otras. Esto es lo que Díaz Cañabate hizo con la madrileña de Antonio Sánchez, de la que también Luis Romero quiso hablar; sin llegar a hacerlo, aduciendo el precedente.

A don Antonio Díaz Cañabate la gente de mi edad lo recordamos de la tele, donde solía hablar de toros, a los que era gran aficionado. Él sucedió a Cossío para los tomos V y VI de su monumental tratado sobre *Los Toros*. Su otra gran pasión lo fue Madrid, que lo vio nacer en 1898 y morir, casi con los mismos números, en 1980. De entre su obra, de carácter costum-

brista, sobresale esta *Historia de una taberna*, quizá su primer libro impreso, que la recordada colección Austral, de Espasa Calpe, editó en Argentina, 1947; una obra de 216 páginas sin ilustraciones (en *Tabernas*, de Luis Romero, sí hay foto de la cueva, o cava, de esta taberna de la madrileña calle del Mesón de Paredes).

Lo curioso es que desde la página 91 el libro deja de ser la historia de una taberna y solo se vuelve al tema titular, a la taberna del torero Antonio Sánchez, en la página 215 para coronar la obra. Entretanto sucede la vida (o su novela): las andanzas, ilusiones y amaneceres de las gentes madrileñas. La taberna abraza la vida, la circunda.

Queda dicho, entonces, que lo de Díaz Cañabate solo en parte está centrado en la taberna. Pero lo que llega a decir sobre ella es magistral. No me resisto a ponerles estas que podríamos llamar «virtudes del tabernero»:

Despachar vino no es cosa fácil. Requiere destreza y rapidez singulares, soltura de manos, tiento y pulso, mucha vista, malicia, ingenio para alternar con el cliente y contestar sin enfado, pero con energía, a sus cuchufletas, no siempre del mejor gusto y de buena intención; memoria para las cuentas de las muchas copas que se sirven al mismo tiempo, paciencia a fin de soportar las inconveniencias de los borrachos patosos, y valor personal para imponerse en las broncas.

Y concluye Díaz Cañabate: «Con mucho menos de estas condiciones se llegaba a ministro allá por los albores del siglo veinte».

Lleno está de donaires y curiosidades este libro a cuya lectura invito, como en la coplilla que Cañabate cita y algunos de ustedes conocerán por tradición:

Ven acá, vino tintillo  
hijo de la cepa tuerta,  
tú que te quieres meter  
y yo que te abro la puerta.

---

DEL *TRISTRAM SHANDY* AL *VIAJE SENTIMENTAL*,  
DE STERNE: DELICIAS DEL XVIII

---

Irlanda es la tierra de la música y de la palabra, donde cantar es una pasión nacional que tiene en las tabernas populares su mejor teatro. Laurence Sterne (1713-1768) nació en Irlanda (al sur, en Cronmel, Tipperary: *It's a long way to Tipperary...*) de padre inglés y madre irlandesa. Aunque de jo-

ven se ordenó como sacerdote anglicano, es en el altar de la literatura donde ocupa más alto lugar. Si me hicieran la tópica pregunta sobre qué libro llevaría a una isla desierta, respondería que el *Viaje sentimental*, de Sterne.

*A Sentimental Journey through France and Italy* es su breve obra final, 1768, una serie de sugerentes sucedidos a lo largo de un viaje por Francia e Italia. Y su espíritu es tan aéreo, tan inspirador que, sin caer jamás en lo cursi, ni en la fácil provocación, consigue que el lector experimentado recorra con él una amplia gama de los sentimientos del alma. A veces se aproxima a esa atmósfera entre perversa y devota de las *Sonatas*, de Valle-Inclán; otras a la delicadeza del Juan Ramón Jiménez de *Platero y yo*. Declarado admirador de nuestro Cervantes, en muchos aspectos anticipa el ambiente de los decadentistas de finales del siglo XIX, como J.K. Huysmans, D'Annunzio... o cierto Rubén Darío.

En definitiva, que no es un libro de viajes al uso. Eso sí, naturalmente, contiene referencias al vino, que es inseparable de Italia como de Francia. Así llama «vino balsámico» al que alivia las heridas (y las lava, mejor que el alcohol etílico). O evoca «el tiempo excelente de la vendimia, cuando la naturaleza derrama generosamente sus tesoros en el regazo de los pueblos, y brillan de alegría todas las miradas». En el original, vendimia es *vintage*: de *vin age*, el tiempo del vino; hoy, ya saben, el término ha cambiado su significado y se viene aplicando a lo que (como el vino) mejora con el tiempo.

Sterne clasifica a los posibles viajeros en diez o doce tipos (ociosos, melancólicos, delincuentes...). Incluido «El viajero sentimental (o sea yo), de quien voy a daros ahora cuenta y razón, y que ha viajado por imperio de la necesidad y por el *besoin de voyager* en igual grado que cualquiera». Y nos previene de que el mismo viaje será distinto para cada cual, usando un paralelismo vitivinícola:

El hombre que llevó la primera cepa desde Borgoña al Cabo de Buena Esperanza, nunca pensó en beber en este lugar el mismo vino que la misma cepa produciría en las colinas de Francia: ¡oh!, era demasiado flemático para eso. Pero no cabe la menor duda de que esperaba poder paladar algún licor vinoso: si malo o bueno, si indiferente, él conocía ya el mundo lo bastante para comprender que eso no dependía de su voluntad, y que solo lo que llamamos el azar decidiría el resultado. En todo caso, esperaba lo mejor.

Todas las citas son de la traducción de Cardona Castro para Editorial Bruguera, 1962. Existe una preciosa edición española de Madrid, 1843, con grabados en madera de boj, algo censurada por su anónimo traductor «conforme con las ideas de la decencia». Pero donde la modernidad de Sterne alcanza el clímax es en *Vida y opiniones del caballero Tristram Shandy*, 1759. Hay película: *Tristram Shandy*, de 2005, dirigida por Michael Winterbottom, con Steve Coogan en el papel principal.

¿Se acuerdan de «Una rama verde», en nuestros *Tres nuevos discursos del vino*, de 2018? ¡Pues aparece, otra vez, en *Tristram Shandy!* (capítulo XXI, volumen VII). El mulero de un convento ha gastado su mensualidad en un «borrachio o pellejo de vino» (recuerden: «Los dineros del sacristán...») al que, mientras lo transporta, no deja de hacer cariñosas visitas. Se va animando:

El día había sido sofocante, el atardecer delicioso, el vino generoso —la colina borgoñona en la que se había cultivado era de suave ladera—, una tentadora rama junto a la puerta de una casita armonizaba plena y vibrantemente con las pasiones mientras una brisa tenue jugueteaba con las hojas. ¡Ven, ven sediento mulero, acércate por aquí!

Bien sabemos, como el mulero («arrieritos somos...»), que la rama conlleva la promesa de que allí hay taberna (o de que en esa taberna se acaba de abrir un barril).

Ni que decir tiene que el hombre se acoge a la pequeña posada, olvidando las mulas (que se desmandan), lo que queda del pellejo... y a la señora abadesa y a la hermosa sor Margarita, que eran sus pasajeras y quedan así, expuestas a Dios sabe qué.

Pero la auténtica joya de la corona en materia de citas (por la que espero hacerme perdonar cualquier prolijidad en que pudiera haber incurrido hasta ahora), es este consejo impagable sobre cómo deberíamos afrontar las grandes decisiones de la vida (capítulo XVII, volumen VI):

En Germania, los antiguos godos que (según afirma rotundamente el erudito Cluverius) se asentaron al principio en las tierras situadas entre el Oder y el Vístula, incorporando después los territorios de los hérculos, los bugios y de otras clases de vándalos; esos godos mantenían la saludable costumbre de debatir todos sus asuntos de Estado dos veces: una borrachos y otra serenos. Borrachos, para que sus consejos no carecieran de vigor, y serenos, para que no les faltara discreción.

Ahí queda eso. Las citas son de la traducción de J. A. López de Letona para Editorial Catedra, 1996.

### LOS CUENTOS DEL LUNES, DE DAUDET: HISTORIA LÍRICA DE LA COMUNA

---

Alphonse Daudet nació en una localidad del sur francés, en Nimes (1840). Una ciudad con el valor de convertir su antiguo Coso romano en plaza de toros (y de mucho éxito), donde el sol todo lo dora, todo lo alumbraba, y que es más española (que lo diga Picasso) que algunas del otro lado de los Pirineos. Es la Provenza, tan andaluza a su modo. No es de extrañar que la ancestral cultura meridional, expansiva, extrovertida y callejera, le quedara a Daudet tan grabada, desde su primera juventud en provincias (aunque con 17 años se dirige a París, para ser escritor).

Y en París *la grande ville* falleció (1897) en pleno éxito literario. Sus deliciosas *Lettres de mon moulin* o *Cartas desde mi molino*, su primer campanazo, han servido a tantos estudiantes de francés como iniciación a la alta literatura francesa, en su lengua original (así los de Filología Hispánica del 74, en Córdoba, entre los que me cuento y a quienes desde aquí saludo, 50 años después: ¿no recordáis *La chèvre de monsieur Seguin*, con su perilla de suboficial, cómo se aburría igual que un colegial, que se la comió Lulú, el lobo, *lou loup* que se dice en provenzal?).

Pero el gran personaje creado por Daudet es el señor Tartarín; prototipo exagerado del provenzal, y héroe de tres novelas: *Tartarín de Tarascón*, *Tartarín en los Alpes* y *Port Tarascón*. En esta última (libro tercero, capítulo 5), el propio Tartarín define y disculpa las fantásticas tendencias del ciudadano provenzal:

[...] no somos más que gentes con mucha imaginación y palabra abundante, poetas, bordadores, improvisadores, fecundos, ebrios de savia y luz, que quedan aprisionados en sus mismas ingeniosas y maravillosas invenciones. ¡Qué diferencia con los mentirosos del Norte, sin alegría ni espontaneidad, que persiguen siempre un objetivo, una perversa intención! ¡Se puede afirmar rotundamente que, tocante a mentiras, cuando el Norte interviene deja chiquito al Mediodía!

Y en el capítulo siguiente: «Ese tunante de Daudet ha escrito de mí que yo era un Don Quijote con la piel de Sancho... Dijo la verdad». Cito de la traducción de Teresa Domenech para Ed. Ramón Sopena, 1967.



Pero (al vino, vino) a Daudet lo hemos traído aquí por la estupenda anécdota del aga, en *Los cuentos del lunes* (*Les contes du lundi*, 1873). Conviene saber que escribió estos cuarenta y un relatos bajo la influencia de dos importantes acontecimientos vitales. Uno, personal, su reciente estancia en Argelia para recuperarse de una enfermedad; otro, social, el estallido y aplastamiento del movimiento nacional que conocemos como La Comuna de París (entorno en el que se desarrollan la mayoría de esos cuentos).

Pasemos ya a «El caravasar». La acción se desarrolla en Argelia, en un caravanserrallo (o *Caravanserai*, como el LP de Santana); una especie de gran «venta» u hospedería de las extensas llanuras africanas. Lugar de parada para las caravanas, militares de guarnición y cansados viajeros, que entre sus laberínticas dependencias encuentran aprovisionamiento, compañía, quizá seguridad y, casi seguro, entretenimiento.

Esto último, según nos cuenta Daudet, buscaba el aga, un hombre importante de la vecindad. Observen su astuta interpretación (digna de los más finos casuistas jesuíticos) de un incómodo precepto religioso:

A veces, en la velada, la gran puerta del caravasar se abría de par en par, los caballos piafaban en el patio. Era un aga vecino que, aburriéndose con sus mujeres, venía a rozar la vida occidental, a escuchar el piano de los rumís y beber vino de Francia. «Una sola gota de vino está maldita», dijo Mahoma en su Corán; pero hecha la ley hecha la trampa. De cada vaso que le servían, el aga tomaba, antes de beber, una gota con la yema de su dedo, la sacudía gravemente y, una vez arrojada aquella gota maldita, bebía el resto sin remordimientos. Entonces, aturdido de música y de luces, el árabe se tendía en el suelo envuelto en sus albornoces, reía silenciosamente enseñando sus blancos dientes y seguía los pasos del vals con ojos inflamados. (De la traducción de M. Serrat Crespo para Ed. Bruguera, 1981).

No puedo terminar sin referirme a aquellos días de marzo a mayo de 1871, en París, que debieron ser de una belleza terrible (según impresionaron a los artistas que los vivieron). Fue la reacción de las clases populares a una Francia entregada, una vez más, a los alemanes. A la ocupación de la capital, a 1 de marzo, siguió el levantamiento popular, con intento de establecer un modelo de autogestión. Que fue aplastado por Mac Mahon (el derrotado de Sedán) con miles de ejecuciones. Muchas en el conocido cementerio de *Père Lachaise*, donde también reposan los restos de Alphonse Daudet. Y los de Proust, en su túmulo elegante, modernísimo; o Jim Morrison (de los *Doors*)...

La Comuna de los cien días sucedió, por tanto, mientras florecían y maduraban los cerezos. Por eso, quizá, *Le temps des cerises*, la canción de amor de J.B. Clement, un exiliado en Londres que había participado en las barricadas, llegó a convertirse, impensadamente, en símbolo de aquel tiempo. Fernando Savater ha dicho que es una canción «suavemente revolucionaria».

*J'aimerai toujours le temps des cerises  
C'est de ce temps-là que je garde au coeur  
Une plaie ouverte  
Et Dame Fortune en m'étant offerte  
Ne pourra jamais fermer ma douleur  
J'aimerais toujours le temps des cerises  
Et le souvenir que je garde au coeur.*

(Siempre amaré el tiempo de las cerezas: / es ese tiempo el que guardo en el corazón, / como una herida abierta. / Y Dama Fortuna, ofreciéndose a mí, / no podrá jamás calmar mi dolor: / siempre me gustará el tiempo de las cerezas / y el recuerdo que guardo en el corazón).

## NO HAY LIBRO MALO

---

Eso dicen. Ya que vamos terminando quiero acordarme, como a la rápida y sin profundizar, de algunos en los que se toca esta temática del vino y las tabernas. Y por cierto que ya Machado el mayor, y luego con él Serrat, pusieron en su sitio a los pedantones que «piensan / que saben, porque no beben / el vino de las tabernas».

La taberna popular ha sido (entre otras muchas cosas), lugar de agitación política ligada al uso de la palabra en su forma oratoria o, aún mejor, por medio de la recitación. Apenas hay parroquiano, por muy amante del silencio que sea, que se niegue a escuchar a un buen rapsoda en el momento oportuno y entre copa y copa (aquí queremos recordar a dos cordobeses, que fueron buenos y aclamados recitadores a quienes dio gusto escuchar, por ejemplo, en nuestra querida y centenaria Taberna de La Fuenseca: me refiero a Álvaro Morales y José Luis Sánchez).

Antonio Burgos, en su *Rapsodia española*, 2005, recoge «el riquísimo venero de la poesía popular, que viene del Romanticismo, pasa por Rubén Darío y desemboca en el ancho mar de Manuel Machado». Libro este que, muy acertadamente, se acompaña de un CD con las lecturas de Francisco Valladares, otro sevillano (de Pilas). Ya cayendo diciembre de

2023, nos quedamos sin la presencia y la figura del gran Burgos, descanse en paz.

Sin esa dimensión tabernaria se entienden mal poemas como la «Canción del pirata», de Espronceda. Acorde al espíritu romántico, ese poema que ya desde su título proclama que está hecho no para ser leído, sino para ser cantado, hay que imaginarlo dicho a plena voz en una taberna.

«Yo no digo mi canción / sino a quien conmigo va»: el poeta (o su rapsoda) lleva la voz solista; mientras, el público lo acompaña marcando los acentos con golpes acompasados de los vasos sobre las mesas: al llegar al estribillo, todas las voces se unen a la solista, todo un coro en exaltada comunión proclamando:

Que es mi barco mi tesoro,  
que es mi dios la libertad,  
mi ley, la fuerza y el viento,  
mi única patria, la mar.

...Y así se vino el Romanticismo liberal, que tantos quebraderos de cabeza trajo a Fernando VII, el famoso «Rey Narizotas».

La *Historia de los jueces de Córdoba*, de Aljoxaní, escrita en el siglo X a instancias del califa Alhaquén II, contiene curiosas noticias sobre la delicada convivencia entre el producto de la vid y los preceptos coránicos. Algo que Mahoma no dejó del todo resuelto (recuerden al aga de Daudet):

Murió el Profeta y no señaló concretamente que debiera castigarse al borracho con una pena que estuviera formando parte del cuadro de las otras penas. [...] Razón legal en que se fundaban los jueces de Andalucía para hacer la vista gorda y no aplicar la pena al borracho.

Las citas anteriores proceden de páginas 151 y 263 de la edición, algo descuidada, de la Biblioteca de la Cultura Andaluza, Granada, 1985 (en sus títulos el nombre del autor árabe-español aparece mal escrito; y se ignora que el extenso «Prólogo del traductor» es obra de don Julián Ribera, traído de su edición de Madrid, 1914).

Los jueces (o cadíes) eran cargos unipersonales, nombrados directamente por el califa, que debían ser dechados de virtud intelectual y moral. Con todo, no les faltó la humanidad que demuestran en los diversos casos narrados por Aljoxaní, en los que tratan por todos los medios de no castigar cruelmente a sus paisanos, sorprendidos en evidente estado etílico.

¿Y en qué libro, que ahora no me viene en mente, se cuentan las andanzas vnicas de los jóvenes del Califato? A estos jóvenes se les llamó «calaveras» (metonimia) porque solían reunirse en los cementerios, buscando librarse de la fiscalización de sus mayores: desde entonces, su apelativo ha quedado como la acepción 5 de la voz «calavera» en el diccionario de la RAE.

Un sitio al que solían acercarse, en busca del líquido elemento de la vid (que quizá luego consumieran entre las tumbas) fueron los monasterios cristianos. El vino siempre fue parte de la dieta alimentaria de los monjes, perfectamente prescrito en sus constituciones. Se sabe que esta especie de monasterios-taberna jugó buen papel en la confraternización de aquella floreciente juventud con sus oponentes en la fe; y todo ayuda a la convivencia más o menos pacífica (aunque problemática) en la Córdoba de las tres culturas.

Entonces no había «cubatas». Es curioso que, a veces, quienes en público rechazan una copa de buen vino, acogiéndose a la socorrida «cervecita», quizá luego y en privado o *petit comité* acepten repetir el vulgar cubata, o el consabido *gin tonic*. Género de hipocresía bastante más detestable que la actitud del abstemio honesto y no cargante.

No puedo terminar este capítulo sin recomendar vivamente *La arqueología y abolengo de los vinos de Montilla*, de José Ponferrada Gómez, Córdoba, 1982; donde se hallarán curiosísimas noticias, tomadas desde la más remota antigüedad, sobre la vid y el vino en esta ciudad y comarca de la Campiña Sur cordobesa.

Por ejemplo, procedente del Abad de Rute, la derrota del granadino rey Boabdil, que allá por 1483 «se nos plantó en las mismísimas puertas de Montilla, no sin antes haber caído, como una terrible y precursora “filoxera”, sobre nuestras pobres e inocentes viñas, que fueron furiosamente taladas y devastadas». Mis paisanos «capitaneados por el bravo y heroico Don Alonso de Aguilar, no solo consiguieron rechazar a Boabdil —que después cayó preso de los lucentinos—», sino que alcanzaron al famoso Aliatar, suegro del Rey Chico, que así halló la muerte. Por los días en que esto escribo, el Museo del Ejército (Toledo) exhibe los ropajes y armas de Boabdil, que le fueron incautados en la batalla de Lucena.

Y un recuerdo para *Glorias del amontillado*, de José Ponferrada Gómez y José Antonio Ponferrada (con «Interludio» de Manuel M.<sup>a</sup> López Alejan-dre), el primer libro monográfico enteramente dedicado al rey de los vinos

generosos. La primera edición es de Montilla, 2005; pero hay una segunda, de Córdoba, 2007 (y está casi enteramente reproducido en *El amontillado. Tesoros de las bodegas de Montilla-Moriles*, Ministerio de Agricultura, Pesca y Alimentación, Madrid, 2020; auspiciado por las cordobesas Bodegas Campos, según una feliz iniciativa del propio Pepe Campos).

Un subgénero importante de la literatura vínica es el de las guías de tabernas. Para esta ciudad de la Mezquita son insustituibles las de Manuel M.<sup>a</sup> López Alejandre, desde «De tabernas por Córdoba» (las primeras suyas, que yo sepa, de 1989), a las que siguieron varias otras, ya con forma de libros-guía (en 1999, 2003, 2010...; y últimamente, en 2020, *Las tabernas del Casco Histórico de Córdoba*).

De ese tenor fueron los artículos que el inefable Carreño (Manuel Carreño Fuentes, 1912-1992) escribió para el periódico *Córdoba*, hacia finales de los 80. Sabrosísima literatura tabernaria, que hubiera quedado dispersa sin el buen acuerdo de Joaquín Montoro y Juan Galán, que las recopilaron en el libro *Historias Tabernarias*, Córdoba, 2012. El libro se incrementa con nueve artículos, de temática adecuada, de José Rafael Solís Tapia.

El popular Carreño nos introduce en los mejores «libatorios» de la capital, donde avezados «enófilos» y «mosquitos amílicos», sus semejantes, se encuentran como en el paraíso, entre sorbo y sorbo del pálido montilla (los entrecomillados son muestra de la creatividad del escritor). Carreño fue químico, formado en Madrid; profesor, a veces de química y otras «de esgrima»; bohemio itinerante e introductor de Federico García Lorca en Córdoba... entre otras facetas de su interesante personalidad. Y personaje universalmente querido en esta vieja Córdoba, a caballo entre Oriente y Occidente.

## TABERNAS EN EL RECUERDO

---

Los cines de verano y las tabernas de verdad tendrían que ser declarados BIC (Bienes de Interés Cultural), porque ambos son lugares de encuentro íntimamente ligados a la felicidad social de un pueblo algo dado, de por sí, al ensimismamiento.

Cada vez que volvemos la vista atrás nos percatamos de nuevos caídos; casas, como las llama muchas veces el cordobés, subrayando su componente familiar (Casa El Pisto, que por muchos años nos dure; Casa Salinas o la Taberna Rincón de las Beatillas, que le hagan compañía...). Casas que

fueron el recreo de sus parroquianos y (no pocas veces) el lugar donde, como por arte de birlibirloque, se halló la solución a tal o cual asunto, negocio o arreglo que nos preocupaba.

Cuando una taberna se va es como si desapareciera todo un ecosistema de relaciones y camaradería. Quien procura este mal, igual que quien tala una selva, derriba «una fraternidad de árboles venerables» (Wordsworth, citado por Borges en *Siete noches*). Ved, si no, a los desterrados hijos de El Gallo, la vieja taberna cordobesa de calle María Cristina, como andan muchos por ahí, como «pollo sin cabeza» (nunca mejor dicho), echándose de menos, descolocados sin su taberna. Ello fue por enero del 19, casi un aviso de la pandemia. Y la nueva, de ningún modo suple a la vieja... Señoras y señores: las buenas tabernas hay que protegerlas, no menos que al patio, no menos que al flamenco. Es cosa de sanidad...

Otra cordobesa que no hace tanto (dos o tres años) se nos ha ido, es la de Los Mochuelos: calle Agustín Moreno adelante, ya a dos pasos del río o del barrio de La Fuensanta, según se tire. Cuenta López Alexandre en sus prontuarios de tabernas, que aquí la hubo (con distintos nombres) desde mitad del XIX. Ya en el XX la venían regentando varias generaciones de Gutiérrez. El primero, José Gutiérrez Ruiz, le puso el nombre de su propia peña de amigos: «Los Mochuelos». Taberna con barriles y patio, fresca, acogedora; barra alta, también mesas, buenos vinos y tapas. Lo curioso es que, por ahora, el local aunque cerrado se mantiene intacto, casi para echar a andar en cualquier momento... Que —nos dice su dueño— sería cuando saliera un candidato formal y animado que decidiera tomar las riendas de un negocio (y ya digo que la buena taberna cordobesa es más que un simple negocio) que cerró por falta de sucesión, una vez que él no pudo llevarlo... Cosas de la edad.

Desde la plaza de San Agustín o desde la fuente castiza de la Piedra Escrita, al final de la calle Moriscos, se pone uno en un salto al principio de la calle Montero y en la taberna El Pancho, donde Ramón Medina fundó la Peña El Limón (una reciente placa en la fachada así lo recuerda).

En el colmo de lo hogareño, las puertas del Pancho tienen llamador, lo que me recuerda una historia de mi niñez. En nuestra casa chica de la calle Moñiz, en Montilla, al principio la hermosa puerta no tuvo llamador. Un cachazudo labrador montillano, conocido por «Buchacos», solía echar su descansada, camino del campo, a la altura de nuestra casa. En Montilla decimos buchacos a las holgadas y recias botas de campo, de media caña.

Apoyado en su azada (¡parece que lo estoy viendo!) el campesino miraba la puerta, callaba, seguía su camino. Un buen día coincidieron allí mi padre y él, que se avino a conversación. Cuando Pepe Ponferrada le dijo que, en varias ocasiones, había notado cómo miraba la puerta, «Buchacos» consintió en explicarse: «—Verá usted; la miro porque me da cosa que una puerta tan hermosa no tenga llamador, porque una puerta sin llamador es como una mocita sin zarcillos». El arranque lírico del campesino, como traído de las *Odas* de Horacio, puso en movimiento a mi padre y en nada, para satisfacción de todos, tuvimos llamador: el mismito modelo, bien bonito, que todavía tiene El Pancho. ¿Tendría llamador la Puerta de Almodóvar?



La Taberna El Pancho, en febrero de 2024; ¿o de 1984? El tiempo parece haberse detenido en esta taberna cordobesa. Y allí estaba la cámara de Ladislao Rodríguez Galán, académico correspondiente en Villaharta, como fiel testigo. La calle adoquinada, el zócalo de chinarras, las dos puertas tantas veces repintadas (con el evocador aldabón, recordándonos que la taberna también es casa), el sol tímido del invierno. Taberna cordobesa, donde hay que saber estar. Los parroquianos de mañana son los niños que, a veces, acompañan al padre a su taberna. Bajo el número 4 de la calle Montero, barrio de San Agustín, un azulejo recuerda que: «D. Ramón Medina Ortega, hijo adoptivo de esta ciudad, fundó en este establecimiento la Peña &quot;El Limón&quot;, en 1934. Peña Cultural &quot;El Limón&quot;; Amigos de Ramón Medina, junio 2017». En el patinillo del fondo aún madura un limonero. Foto: Ladis.

El párrafo anterior casi todo está tomado de «Puerta de Almodóvar (o del Nogal)», mi contribución a un generoso empeño del buen Calixto Torres: el libro *Córdoba, sueño de luz y eternidad*, Detorres Editores, Córdoba, 2019.

Volviendo a la taberna El Pancho, ¿quién nos iba a decir que los primeros meses del año 22 nos traerían el fallecimiento de Antonio Péculo Domínguez, el dueño del Pancho, aún joven, tan amable, tan atento y estimado de su clientela?

El Pancho, por un tiempo, se conservó como dijimos de Los Mochuelos (dos ejemplos, podríamos decir, de arqueología tabernaria; así quien excavando en Pompeya las encontrara bajo la lava). Aunque cerrado, prácticamente intacto, con su barra alta, sus cuartitos, su fútbol y su limón en el patio... Y así fue, durante algunos meses, hasta que, en mayo de 2022, reabrió con nuevo tabernero (Manolo Péculo, hermano del anterior) y nuevas esperanzas.

Ya va siendo hora de cerrar, también nosotros. Hasta mañana, D. m. Y va el penúltimo brindis por el gran José Morales, «Barinaga», que tantos años regentó la Taberna de San Pedro (o de Villoslada) y nos dejó en 2015. Y por Antonio Moyano Bravo, camarero de la antigua Taberna del Gallo, de calle María Cristina, que empezó en La Barrera (calleja de Munda) y falleció este 7 de enero de 2024.

Me acuerdo en esto de mis años de profesor en Chiclana de la Frontera (Cádiz), en el Instituto «Poeta García Gutiérrez». En la calle del Carmen estaba mi taberna favorita, El Rincón. Y en ella, quien la mantenía viva: Antonio Rodríguez, su tabernero; que se nos fue (y con él un trocito de la Chiclana más íntima), un día de marzo de 1991. Al evocarlo en mi «Elegía del Rincón» (que mereció la portada de *El Trovador*, n.º 79, la revista de Chiclana), recordábamos un rito de cierre al final de cada jornada. En aquella esquina de la calle del Carmen, junto al río Iro, hasta la televisión se adornó con un detalle profundamente tabernario: la del Rincón tenía telón. Un teloncito rojo, con anillas y una barra. Y por la noche, antes de irse, se cerraba el telón. Lo cerraba, con ayuda de una vara para alcanzarlo, levemente cojeando, Antonio Rodríguez.

Se echa el telón... Muchas gracias por su paciencia.